

SEMINARIO SOBRE OPCIONES ESPAÑOLAS DE SEGURIDAD *

Por ANTONIO MARQUINA BARRIO
Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas
de la Universidad Complutense

Del día 24 al 27 de abril tuvo lugar en S'Agaró, en el espléndido Hostal la Gavina, un Seminario sobre opciones españolas de seguridad organizado por el Instituto de Cuestiones Internacionales, al que asistieron profesores y miembros del INCI, representantes de diversos institutos internacionales, periodistas, diplomáticos y el presidente de la Asamblea de Parlamentarios de la OTAN.

El Seminario se inició con una ponencia de Gregory Treverton sobre «la Seguridad de Europa y América después de Afganistán». A su juicio, en las relaciones entre Europa y América nada cambiaba mucho o muy rápidamente; sin embargo, algunos acontecimientos como la decisión de la OTAN, basada en un sólido razonamiento militar, sobre la instalación de fuerzas nucleares de teatro, indicaban el inicio de un cambio significativo en el sistema de relaciones nucleares entre Europa y América. De forma similar, la toma de rehenes por los iraníes y la invasión soviética de Afganistán, se podían presentar como un desnudo testimonio de que las amenazas más probables para la seguridad occidental provienen de fuera de Europa. Afganistán marca el fin definitivo de la detente que comenzó en 1970 y no se ve con claridad lo que seguirá.

En el tema nuclear, cualquier cosa que hagan Europa y Estados Unidos no implicará la recuperación de la superioridad nuclear, y

* Este es el tercer seminario celebrado por el INCI. Los anteriores, sobre norte de África y Gibraltar, están en trance de publicación.

este tema seguirá siendo especialmente delicado. Las decisiones de diciembre de la OTAN significan un inicio, no el final. La relativa tranquilidad de los últimos quince años entre Europa y Estados Unidos había desaparecido y cabía indicar que los últimos acontecimientos habían mostrado que los europeos se han movido poco hacia un mayor interés en sus propias armas nucleares.

En cuanto a la disuasión convencional, a pesar de las mejoras cualitativas introducidas en las fuerzas soviéticas, si el Pacto de Varsovia atacaba sin movilización, la OTAN podía reunir casi tantos hombres en la región central como el Pacto. Después de dos semanas de movilización, la ventaja del Pacto sería de dos a uno, muy poco confortable para Occidente, pero no estimulante para un planificador soviético conservador.

Ritualmente se ha venido afirmando a ambos lados del Atlántico que las más graves amenazas para la seguridad de Occidente se encuentran fuera de Europa. Para España, que importa las dos terceras partes de su energía de Iraq, Libia y Argelia, este punto no necesitaba ser resaltado. Esta percepción no existió anteriormente. Los europeos no vieron, por ejemplo, la guerra de Vietnam como una amenaza a su seguridad. Hoy en día existe un consenso sobre el tema, pero no sobre las medidas a tomar. El cambio de la política de defensa en América es suficientemente clara, pero es anterior a la invasión de Afganistán. Sin embargo, la fuerte reacción americana cogió a los europeos fuera de órbita. Los norteamericanos no consultaron, y como siempre, presumieron que los europeos debían alinearse detrás del liderazgo americano; cuando esto no ocurrió los norteamericanos se sintieron decepcionados, pensando si podría existir alguna amenaza fuera de Europa que pudiese inducir a los europeos a responder con un corte en su política de detente, limitando su comercio y relaciones con el Este. Por parte de los europeos, la percepción fue exactamente la contraria: los Estados Unidos, después de sestear durante años, estaban ahora haciendo demasiado, muy rápidamente y no en la dirección correcta. El axioma mantenido de que la detente es indivisible se clarifica de algún modo con la respuesta europea. La detente en Europa, de modo particular para los alemanes, tiene una realidad, un prisma europeo que la detente soviético-norteamericana nunca tuvo. Sin embargo, la actitud europea suscita perplejidades, en especial sobre el porqué los políticos europeos sostienen tan romántico apego a la negociación sin un previo rearme, así como la anomalía que supone que Europa sea todavía incapaz de

defenderse sin América, siendo Europa tan fuerte y más rica que la Unión Soviética.

Se imponía por ello no sólo una división de trabajo, sino también de riesgos. Incluso la OTAN, caso de ser efectiva, a diferencia del tiempo de su constitución, sólo parece relevante para una parte limitada de las amenazas a la seguridad de Europa y América. El poder militar, con todo, aunque necesario, no era suficiente. La amenaza para los intereses occidentales en el golfo Pérsico derivaba al menos tanto de la inestabilidad interna de los regímenes en aquella parte del mundo como del aventurismo soviético, y la caída del Sha daba una prueba de ello.

Gregory Treverton terminó su exposición afirmando que la necesidad de la OTAN de moverse en la línea de una disuasión convencional en el frente central, la exigencia de una mayor fuerza militar fuera de Europa y la necesidad imperiosa de idear respuestas políticas y económicas a la inestabilidad del Tercer Mundo, todo ello tenía implicaciones para la seguridad de España. Dada su situación y sus lazos con los países del Norte de África y del mundo árabe, España puede tener un papel especial que jugar con respecto a los temas de seguridad más allá de Europa.

EL ESPACIO DEFENSIVO IBÉRICO

El estudio del espacio defensivo ibérico se inició con una exposición del profesor Medeiros Ferreira sobre el espacio estratégico y defensivo de la Península ibérica. Esta ponencia sería especialmente controvertida y puesta en cuestión desde un punto de vista histórico. En opinión de José Medeiros la actitud de Portugal en las relaciones internacionales fue siempre más activa que la española, sobre todo a partir de la marginación de España en las cuestiones europeas tras la invasión napoleónica y el Congreso de Viena. Durante la I Guerra Mundial, mientras España se mantiene neutral, Portugal participa al lado de las potencias marítimas. Durante la II Guerra Mundial todos los contendientes revelaron poco empeño en hacer de España un aliado mediterráneo. Portugal, por el contrario, por su posición y gracias a las islas Azores, que cumplían un papel de frontera, jugó un papel atlantista. La posible unidad estratégica de la Península no funcionó como tal en los dos grandes conflictos mundiales. Se podía decir, en opinión del doctor Medeiros Ferreira, que era en la actualidad cuando

por primera vez una potencia extra-ibérica, Estados Unidos, valorizaba la dimensión mediterránea de la costa y líneas españolas. Asimismo, un estudio atento de la composición de las fuerzas armadas españolas, así como de las reformas que se pretenden introducir, apuntaba hacia una valorización de la posición estratégica del Mediterráneo y los accesos al mismo.

Por otra parte, en el triángulo estratégico portugués: Lisboa-Azores-Madeira, las principales funciones estratégicas estaban relacionadas con los conceptos de «defensa avanzada» y de «refuerzo rápido» del teatro de operaciones europeo. La dimensión de cuasi-archipiélago de Portugal le permitiría incidir en la dimensión atlántica.

Para concluir, el doctor Medeiros Ferreira indicó que el hecho de la modernización de los armamentos occidentales, unido a una menor preocupación sobre el teatro de operaciones del centro de Europa, puede llegar a privilegiar el refuerzo del flanco sur de la Alianza Atlántica y por esa vía llegar a acentuarse el papel de la Península ibérica en ese mismo refuerzo del flanco sur mediterráneo. La Península, para no quedar a merced de las oscilaciones estratégicas de las potencias extrapeninsulares, debe buscar su propio campo de afirmación, lo que lleva a considerar las relaciones de la Península ibérica con Africa y América Latina, sobre todo en la perspectiva de la posible adhesión de ambos países a la Comunidad Económica Europea.

Stefano Silvestri destacó en su exposición: «La Península ibérica en el apoyo al flanco sur de Europa» que era difícil determinar hoy en día una frontera clara entre el Este y el Oeste, así como la importancia de las flotas extranjeras en el Mediterráneo, donde todos los países ribereños tenían relaciones de una u otra forma con ellas, a excepción quizás de Albania.

El papel de Estados Unidos había cambiado desde la II Guerra Mundial. De su interés por el sector central pasó luego a buscar la contención de la Unión Soviética, para convertirse el Mediterráneo progresivamente en un lugar de paso y apoyo a zonas no mediterráneas donde existen múltiples factores que caen fuera del control de este país. Hoy por hoy, Estados Unidos es el único país que aseguraba un marco común de percepción de seguridad, siendo la Sexta Flota la que garantizaba su credibilidad.

La Península ibérica tenía una especial peculiaridad, su tradición atlántica, que complicaba el panorama. Las relaciones especiales con los Estados Unidos de España y Portugal hacían a estos países especialmente sensibles al cambio estratégico norteamericano, lo cual

traería problemas para Europa. Dentro de los ajustes que la OTAN necesita y las tensiones que sufre, el papel de España y Portugal es particularmente sensible. Cabía la posibilidad de que estos países se ligasen más a Estados Unidos, convirtiéndose en sus aliados privilegiados. Stefano Silvestri insistió en la necesidad de fortalecer los elementos no militares de unidad entre la Europa del Norte y la Europa del Sur.

Bradford Dismukes, en su comunicación «El contorno marítimo del sudoeste europeo y la Península ibérica», señaló que las realidades geopolíticas habían dado una especial relevancia a los temas marítimos en la historia y la planificación de la seguridad de la Península ibérica, siguiendo siendo importantes hoy en día. El doctor Dismukes explicó los objetivos soviéticos en una posible guerra con Europa y la concepción de las operaciones. De acuerdo con el punto de vista soviético, la región central sería el eje principal, y las fuerzas terrestres, los medios principales, todas las demás fuerzas, medios—incluyendo los navales e intercontinentales—, ejes y teatros serían subordinados. No se podía especificar con plena confianza la extensión que hoy en día tiene el concepto «enemigo» en los planes soviéticos, pero no había razón para poner en duda que cuando los planificadores soviéticos calculan la correlación de fuerzas militares, ni Francia ni España son puestos en el lado amistoso de su balanza. Caso de inicio de combates, existía hoy en día un acuerdo universal en que las fuerzas soviéticas tratarían de romper el frente central y avanzar lo más lejos posible hacia el oeste y presentar la conquista como un hecho consumado. El rol de las fuerzas marítimas sería periférico, pudiéndose presumir que la Unión Soviética planearía mover el lugar de sus operaciones mediterráneas hacia el oeste para asegurar el flanco sur de sus fuerzas terrestres en avance.

En caso de una guerra que se prolongase a nivel convencional, la Península ibérica junto con el Reino Unido representaban potencialmente la profundidad operacional de la Alianza Occidental. En este caso, las fuerzas soviéticas probablemente intensificarían la colocación de minas y operaciones submarinas en las aguas del norte de Europa y en la medida que fuesen capaces en el mar Cantábrico y en el océano Atlántico hasta el estrecho de Gibraltar y el Mediterráneo occidental, mientras que los aviones *backfire* tratarían de inutilizar los puertos y bases navales, así como las fuerzas navales de apoyo a los convoyes. Las rutas más al sur estarían más a cubierto, y de ahí la importancia de las islas Canarias, Azores y Madeira.

Sobre este tema de las islas Canarias, José Navarro Ferré tuvo una destacada ponencia que no pudo debatirse suficientemente.

Iniciaba su exposición con unos retazos históricos sobre su población plurinacional y la insularidad que de hecho produce un aislamiento físico y psicológico con una consecuencia inmediata en la identidad canaria, que induce a que la propia burguesía insular canaria se vea sujeta más a los vaivenes económicos de otros países europeos que a su propio enraizamiento cultural. Pasaba a indicar los factores de los movimientos independentistas y el impacto de la errónea descolonización del Sahara, que ha provocado un renovado sentimiento independentista, resultado de una sensación de indefensión, así como su crítica situación actual en sus vertientes económica, social y política, subrayando la falta de sensibilidad ante los problemas canarios por parte de Madrid.

Sobre este presupuesto resaltó el valor geoestratégico de Canarias y la suma importancia de su nudo de comunicaciones y el tráfico marítimo, vital para Occidente. En Canarias podían situarse medios de detección fijos que serían los únicos posibles en la parte sur de la cuenca oceanográfica oriental del Atlántico. Su no participación en la zona de interés común de la defensa del Atlántico produciría un retroceso de más de 700 millas hacia el norte de la posibilidad de protección de las derrotas del Atlántico Sur-Europa. Asimismo, su posición frente a la «desembocadura» de la franja sahariana que divide a África en dos, con una anchura de 1.500 kilómetros, auténtico corredor aéreo sin control, podría cerrar el acceso al Atlántico de la aviación de gran radio de acción que sobrevuela el desierto en dirección Este-Oeste.

Pasó luego a exponer la posición de los partidos políticos. Todos los partidos, con la excepción de la Unión del Pueblo Canario, que propugna la autodeterminación de las Islas, defienden, con diversos matices, la necesidad de una base militar española para la defensa de las Islas. Terminaba su exposición apoyando la potenciación de la defensa de Canarias y una política de información del Gobierno al pueblo canario que evitase recelos y malentendidos. En su opinión sería un grave error que España diese pie con su tardía o prolongada falta de acción a que la Unión Soviética convirtiese Canarias en otro de sus satélites al estilo de Santo Tomé, o bien que Estados Unidos propiciase un nuevo Puerto Rico.

Frederic Nyland explicó con la ayuda de diapositivas la variedad de objetivos que podían entrar a formar parte de un ataque de los adversarios de España y Portugal:

SEMINARIO SOBRE OPCIONES ESPAÑOLAS DE SEGURIDAD

- Bases aéreas y aeropuertos.
- Instalaciones de defensa aérea.
- Sistemas de armas ofensivas.
- Instalaciones de mando y comunicaciones.
- Equipos de combate previamente colocados.
- Instalaciones para el almacenamiento de armas nucleares.
- Oleoductos y depósitos de combustible.
- Instalaciones para el almacenamiento de municiones.
- Bases navales y puertos.
- Industrias de defensa.

En caso de conflicto, estuviese o no España integrada en la Alianza Atlántica, la Unión Soviética consideraría estas instalaciones como objetivos a eliminar si se utilizasen para el apoyo logístico de Estados Unidos en Europa.

FACTORES MILITARES DEL EQUILIBRIO EUROPEO

Paul Thyness habló de los «factores militares del equilibrio europeo». Comenzaba constatando que la OTAN estaba muy afectada por las relaciones bilaterales entre las superpotencias, dado que la credibilidad de su defensa colectiva descansaba en último término en la garantía nuclear de Estados Unidos a Europa. Siendo indivisible la seguridad de Estados Unidos y Europa Occidental en la OTAN, una amenaza que socavase las defensas de Estados Unidos significaba un peligro para la Alianza como un todo. Además, la prosperidad de la OTAN significaba una mayor riqueza que había que defender, lo cual inducía una preocupación por las pérdidas y riesgos asociadas a este esfuerzo. La Ostpolitik y su contrapartida global, la detente, había tratado de minimizar esta fuente de tensión. En último término, la dependencia energética significaba una frustración para la OTAN al comprobar la limitada utilidad de la misma.

Desde la crisis de Berlín había disminuido la posibilidad de una conflagración, de modo y manera que hoy en día las naciones europeas occidentales compartían un notable compromiso con respecto a la detente, hasta tal punto de no comprometerse a un cambio desproporcionado de atención en otro de los pilares fundamentales, la defensa, tras la invasión de Afganistán. Esto presentaba un problema para el mantenimiento de la solidaridad de la Alianza, cuyo primer paso

para evitarlo era la consulta entre sus miembros y la formulación de una coherente estrategia de disuasión.

El objetivo militar de la OTAN era por naturaleza defensivo, pero a la vez limitado, dada su dependencia en más de un 50 por 100 de reservas y rápidos refuerzos. Sin embargo, no se podía garantizar que la Unión Soviética compartiera esta percepción. La Unión Soviética ha calificado la decisión de modernizar las fuerzas nucleares de teatro como una clara indicación de intenciones hostiles, a pesar de que la OTAN ha solicitado una reducción progresiva de las armas que amenacen a Europa y espera que las SALT III cumplan este objetivo; mientras tanto había que asegurar la disuasión. Si la «amenaza comunista», tal como se entendía en la guerra fría, se había ido diluyendo tras la ruptura chino-soviética a finales de los cincuenta, la Unión Soviética de una forma sostenida se había dedicado a la modernización militar en los últimos quince años, hasta el punto de mejorar su capacidad ofensiva en contra de la OTAN de una forma dramática.

En respuesta a este crecimiento espectacular, la OTAN aprobó en 1977 el Programa de Defensa a largo plazo para reducir muchas de las debilidades de la Alianza.

Pasó luego a analizar las negociaciones SALT. En su opinión, para mediados de 1980 los misiles soviéticos MIRV serían de tal capacidad y precisión como para inutilizar los ICMB norteamericanos en un «primer golpe». La superioridad nuclear de Estados Unidos con respecto a la Unión Soviética se había perdido y su garantía nuclear para la Alianza Atlántica podría ser cumplida únicamente con un gran riesgo para su propia supervivencia. Ello, no obstante, no implicaba el desinterés por las conversaciones SALT, como se puso de manifiesto en la propuesta del Consejo de Ministros de la OTAN en diciembre, para un control de las armas nucleares de teatro, cuyo despliegue hacía la garantía nuclear más creíble y operativa. Sin embargo, la pregunta de Europa Occidental era si la OTAN representaba todavía una defensa de los intereses norteamericanos lo suficientemente importante como para que Estados Unidos arriesgase su propia supervivencia. En ausencia de una contribución europea a la «doctrina Carter» para el océano Índico, el apoyo militar norteamericano sería reducido en Europa, y teniendo en cuenta la rapidez de la financiación de la fuerza de intervención rápida para el golfo Pérsico, cuando algo similar nunca llegó a plasmarse para la OTAN, la preocupación sobre las prioridades de la política exterior de Estados Unidos había encontrado eco. No obstante, con claridad se podía decir

que ni Estados Unidos ni Europa querían ver ninguna reducción de la presencia norteamericana, y la sospecha sobre su compromiso no debía incrementarse.

En cuanto a los resultados de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, tras la invasión de Afganistán, las expectativas habían decrecido notablemente.

Paul Thyness finalizaba insistiendo en la necesidad de disuadir cualquier agresión del Pacto de Varsovia sobre Europa; para ello había que hacer más en el campo político y militar; de lo contrario, a largo plazo, el coste sería mucho más alto. Sólo entonces la OTAN sería capaz de llevar a cabo un enérgico desarrollo de negociaciones para el control de armamentos, igualmente esenciales para la seguridad de Europa, sin dar la impresión de buscar una salida a cualquier precio.

LA DEFENSA COMO COMPONENTE DEL ESFUERZO NACIONAL

Bajo este título se presentaron varias ponencias. El general Cuartero Larrea analizó en su exposición el concepto de seguridad y sus implicaciones, la defensa y sus dimensiones espacial y temporal, tipología y dimensiones estratégicas y el concepto de riesgo. Sobre esta base indicó lo que a su juicio constituían los requisitos para una defensa independiente:

1. Disponer de un núcleo armado que asegure la capacidad de reacción ante la amenaza o la agresión, y la capacidad de respaldo.
2. Tener dicha capacidad de respaldo en el escenario internacional.
3. Tener capacidad de *decisión independiente*.

Las condiciones eran más numerosas:

1. Situación geográfica.
2. Disposición de recursos naturales y materias primas sin dependencia exterior.
3. Infraestructura industrial no dependiente.
4. Tecnología avanzada para producir la gama de armamento necesaria.
5. Demografía suficiente para cubrir las necesidades de combatientes y proporcionar el necesario respaldo logístico.

En su opinión resultaba difícil que todas estas condiciones se diesen conjuntamente. Suecia cumplía prácticamente todas las condiciones, pero su geografía carecía de interés directo, salvo en lo que afectaba a la circulación báltica. Suiza y Austria, aunque diferentes en sus fórmulas de defensa, confiaban en el respaldo de terceros para su neutralidad. Yugoslavia, en su defensa popular total no tenía una solución favorable si no se veía acompañada de alguna acción regular que forzase al contrario a cesar en su empeño. Israel fundamentaba sus apoyos en potencias exteriores a la zona. Francia se reservaba para poder intervenir en los escenarios y situaciones que considerase vitales para su interés nacional, sin la obligatoriedad de acudir puntualmente a todos los requerimientos de la Alianza. En resumen, ninguno de estos países practicaba una defensa independiente.

El profesor Adam Roberts, con su estudio *¿Es posible una defensa independiente? Los casos de Suecia y Yugoslavia*, indicó que la idea de una defensa independiente no está totalmente desaparecida y dio doce argumentos que en ocasiones se barajan a su favor. Para el caso español aportó algunos argumentos que podían hacer relevante la idea de una defensa independiente, a su juicio un término relativo: la tradición de guerra de guerrillas que recientemente ha tenido cierta preparación militar-organizativa en nuestro país; la herencia de la política del general Franco, determinada por la necesidad de supervivencia en un mundo hostil, que en la opinión pública ha venido a ser asociada con la idea de defensa independiente (la alianza *de facto* con Estados Unidos haría que cualquier incorporación a la OTAN pareciese más una extensión—con modificaciones—de la política de defensa tradicional); España no estaba en la primera línea; por ello, los beneficios de una unión con la OTAN podían ser relativamente pequeños comparados con sus compromisos, pero al mismo tiempo si no existía una percepción de una inminente y fuerte amenaza, entonces sería políticamente difícil organizar algún tipo de defensa independiente; el hecho de la existencia de importantes diferencias políticas y regionales no era un argumento en contra de la defensa independiente; el gasto en defensa español, bastante reducido, habría de incrementarse, ya se decidiese por una defensa independiente, ya por la entrada en la OTAN; la cuestión de la estructura de las fuerzas armadas era importante; un ejército, por ejemplo como el suizo, no se distinguía de la nación y era casi incapaz de constituir un peligro al orden constitucional.

El profesor Adam Roberts indicó que cualquiera que fuese el camino que adoptase España, no sería una simple aceptación de un modelo existente sin modificaciones.

Angel Lobo y Luis Marco, en un voluminoso estudio, presentaron el impacto económico de la adhesión o no de España a la OTAN. Las conclusiones más relevantes fueron las siguientes:

1. La contribución española a la Alianza podía ser considerada como irrelevante (del orden del 1 por 100) en relación con el presupuesto de defensa propio.

2. Las obligaciones económicas que acarrearía la integración en la OTAN con un *status* normal de presencia en la mayor parte de los organismos civiles y militares no tenía una entidad suficiente para ser consideradas como un factor condicionante de la decisión política de integración o no en la OTAN.

3. La pertenencia a la Alianza podía tener consecuencias económicas ventajosas en el campo de la logística de la defensa y, particularmente, en el sector de la coproducción multinacional de material de guerra, lo que repercutiría favorablemente en el desarrollo de la industria militar nacional y muy especialmente en la obtención de tecnología avanzada.

4. La integración en el esquema de seguridad de la Alianza podría proporcionar un ambiente de estabilidad y seguridad nacional que redundaría en la confianza y el estímulo de la economía nacional.

5. El impacto económico de la adhesión a la OTAN ha de calificarse de favorable a la economía nacional, pero sin que se puedan deducir de ella consecuencias macroeconómicas de envergadura, no siendo trascendente en el proceso de la decisión de integración o no integración en la OTAN.

6. El neutralismo implica claramente mayores costes, al menos a corto y medio plazo, aunque a largo plazo pudiera tener consecuencias económicas favorables.

Dominique Moisi, en su ponencia «Bases y principios de la defensa de Francia», explicó el papel de la defensa francesa en la seguridad occidental incidiendo en los conceptos tradicionales de la misma.

DISCUSIÓN DE ALTERNATIVAS

Dentro de este apartado se presentaron tres ponencias. Angel Viñas explicó en un excelente trabajo, producto de sus últimas investigaciones, la experiencia de los Convenios hispano-norteamericanos de 1953. Desde el inicio de la era nuclear, la dictadura española asumió muy serios riesgos y comprometió la neutralidad española con sus acuerdos sin obtener a cambio las compensaciones que se encontraban en acuerdos similares firmados por Estados Unidos con otros países. El régimen, que desde el final de la II Guerra Mundial había decidido esperar pacientemente el cambio de la situación internacional y la cerrada condena del franquismo, percibió que el precio que debía de pagar para conseguir la asistencia americana no incluiría el cambio hacia un régimen democrático; cualquier otro precio podía ser pagado y de hecho lo fue. La posición del general Franco en las conversaciones previas a la firma de los Convenios fue extremadamente débil y, aunque el curso de la negociación no ha sido totalmente clarificado, se podía afirmar que el lazo de unión entre las negociaciones económicas y militares fue la palanca que usaron los norteamericanos para clarificar la concesión efectiva de la ayuda económica. Aunque tampoco estaba clarificado totalmente si los aspectos estratégicos y de seguridad de los convenios se presentaron al Ministerio español de Asuntos Exteriores como un hecho consumado, desde un punto de vista histórico sería importante clarificar la responsabilidad de la admisión de las cláusulas secretas. Estas, que eran desconocidas por investigadores y público en general, desequilibraban por completo los Convenios. Aquí el profesor Viñas contradecía las opiniones de los diversos autores que se habían ocupado del tema y analizaba el contenido de las cláusulas secretas. Decían así:

«En caso de evidente agresión comunista que amenace la seguridad de Occidente, podrían las fuerzas estadounidenses hacer uso de las zonas e instalaciones situadas en territorio español como bases de acción contra objetivos militares, en la forma que fuera necesario para la defensa de Occidente, a condición de que, cuando surja tal situación, ambos países se comuniquen con la máxima urgencia su información y propósitos. En los demás casos de emergencia o de amenaza o de agresión contra la seguridad de Occidente, el momento y el modo de utilización de

las zonas e instalaciones situadas en territorio español serían objeto de consulta urgente entre ambos gobiernos; y serán determinados a la vista de las circunstancias de la situación creada.»

Tras analizar el desequilibrio, al ser esencialmente unidireccionales sin que supusiesen reciprocidad alguna, como pudo manifestarse en los acontecimientos de Ifni, el profesor Viñas explicó asimismo la disparidad entre estos Convenios y los firmados por Estados Unidos con la República de Corea, Taiwán y Japón.

Antonio Marquina expuso el programa de los partidos españoles en cuestiones de defensa y seguridad, dividiendo su exposición en tres apartados: el marco de la política internacional, el tema europeo y los modelos de defensa y seguridad y la opción OTAN y las bases en España. Del análisis de las diversas posiciones se deducía que no existían diferencias sustanciales entre las posiciones de UCD y CD (AP) y las del PSOE y el PCE. Aquéllos propugnaban la entrada de España en el contexto occidental con todas sus consecuencias y éstos defendían como posible una política de no alineamiento o de neutralidad activa, con la permanencia de las facilidades para Estados Unidos, en virtud de la defensa de un cierto *statu quo*, que limitaba notablemente el alcance del no alineamiento.

Por último, Antonio Sánchez-Gijón defendió su ponencia titulada «La opción atlántica». Para el ponente, España hoy en día era una potencia mucho más desarrollada que hace treinta años, pero al mismo tiempo más dependiente de los intercambios internacionales para lo esencial de sus actividades. El Atlántico, en toda su dimensión, y el Indico, en su parte occidental, además del Mediterráneo, que los une, son los océanos sobre los que se tienden las principales líneas vitales de España. Por esta razón, el ponente postulaba no tanto el ingreso de España en la Alianza Atlántica cuanto la adopción de una política internacional y de defensa favorable a la protección de los intereses occidentales. El ingreso en la Alianza no era sino una parte de esta política. De una forma más concreta enumeró los desarrollos que en el medio ambiente internacional próximo a España eran inaceptables:

1. El acercamiento militar de la URSS al golfo Pérsico exigía preparativos militares, no era suficiente la limitación del uso de las facilidades norteamericanas en España a los fines de la defensa de Europa.

2. La reducción del espacio geográfico social y humano en que se extiende el modelo de democracia occidental infligiría un golpe muy grave a la moral de los países que abrazan este modelo y presentaría problemas estratégicos muy difíciles de superar.

3. El crecimiento de la beligerancia del Frente del Rechazo.

4. La búsqueda de oportunidades para la reinstalación de la influencia soviética en Yugoslavia.

5. La posibilidad de que la resolución de la crisis del Magreb fuese acompañada de las condiciones por las que Argelia tuviese acceso al Atlántico.

6. El nacionalismo marroquí. Con Marruecos eran más los factores de conciliación que de confrontación, incluyendo a Ceuta y Melilla.

7. Portugal La entrada de España en la Alianza Atlántica debía de hacerse en estrecha consulta con los portugueses.

8. El escenario europeo. El criterio del apoyo a la defensa occidental sólo a través de las prestaciones a Estados Unidos era insuficiente.

Sánchez Gijón pasó a caracterizar el valor estratégico de la Península ibérica, cuyo parecido con el de las islas británicas destacó, dada su importancia como reserva estratégica y plataforma logística con relación a la mitad suroccidental de Europa. A continuación expuso la ausencia de una unidad estratégica de la Península. La cuestión de la pertenencia o no de España a la OTAN era crucial en este sentido. La no pertenencia a la OTAN, sin embargo, no impedía la existencia de un cierto margen de actuación para sistematización de los intereses estratégicos españoles, incoada de alguna manera en la zona de interés común hispano-norteamericana según el Tratado de Amistad y Cooperación. Comparado el sistema incoado en la zona de interés común con la propuesta OTAN, se podían ver sus limitaciones:

1. El sistema en torno a la ZIC mantiene cierto grado de unidad estratégica del conjunto español, pero inhibe el desarrollo de funciones estratégicas españolas en relación con otros espacios europeos.

2. El sistema OTAN facilita la conexión estratégica entre España y otros estados europeos, pero descompone el espacio estratégico español y peninsular en varias piezas, vocadas al servicio de intereses estratégicos de otras áreas de la OTAN.

Frente a estas limitaciones, el fomento de la integridad del espacio peninsular pasaba por una serie de medidas:

1. La concertación directa hispano-portuguesa para los problemas de defensa, de modo que esa concertación no tenga que hacerse necesariamente merced a la mediación americana.

2. La delimitación del área de interés común hispano-portuguesa, para los archipiélagos ibéricos del Atlántico, con el apoyo norteamericano y, eventualmente, aliado.

3. La coordinación de las funciones defensivas que se refieren al Estrecho por parte de España. La aportación española a este fin puede ser sustancial; la aportación británica desde Gibraltar sólo puede ser marginal. La cooperación norteamericana o aliada sigue siendo esencial.

4. La creación eventual de un «mando ibérico» (no un *Iberlant*) con igual rango y autonomía que el *Channel Command*.

En los debates, excesivamente cortos por lo apretado del tiempo y el gran número de comunicaciones, existió un variado intercambio de opiniones, siendo el tema de las bases uno de los más debatidos. No existió un pronunciamiento final en ningún sentido, ni favorable ni desfavorable, a la integración de España en la Alianza Atlántica; pero sí se pudieron exponer con cierta profundidad posibles amenazas, si bien las comunicaciones descuidaron el análisis de las provenientes del sur de la Península, quizás también por haber sido tratado este tema en el primer seminario del INCI. Como bien dijo el coronel Salas Larrazábal el último día, la política de defensa era una política de Estado y era necesario definir con claridad estas posibles amenazas y en función de ello optar por lo que España necesite, cualquiera que fuese su costo, sin caer en utopismos.

